

como si escindiera al sujeto social, una parte receptor pasivo ante la televisión, y otra parte como receptor que pasa a la acción a través de la participación en el campo de fútbol, en la militancia de carácter futbolístico. Esa sería la lectura negativa, pero yo me sigo refugiando en el instante mágico, en la reivindicación del fútbol como algo que nos puede proporcionar todavía instantes mágicos.

TONY MURPHY: Yo creo que el fútbol en la izquierda aparece primero vinculado a una liturgia del trabajo, cuya prolongación es el ocio. El ocio, en la tradición marxista, es simplemente un complemento del trabajo. Pero eso, que empieza a ponerse en entredicho por la generación post-sesenta-yocho, demuestra una incapacidad terrible en la izquierda de este país para analizar de forma radical la vida cotidiana. Ahí hubo una serie de dificultades tremendas. Cuando se puso muy de moda la vida cotidiana, el análisis de la vida cotidiana –todo eso fue el boom de *El Viejo Topo*– descubrimos que, aparte de estudiar, de poner carteles, a uno le gustaba acariciar, le pegaba planchazos la novia, uno se jodía igual que el otro, que a uno le gustaba Black Sallace y no le gustaba Inti Illimani, y eso no era políticamente correcto, o que le gustara el fútbol y que Herzog no le terminara de entrar, etc. Había un ritual, un rito del comportamiento políticamente correcto (antes de que se hablara de lo políticamente correcto). Y el fútbol era políticamente incorrecto, y yo creo que lo era por la tremenda incapacidad que teníamos de aceptar, en lo privado, esa pasta de la que estamos hechos los individuos, una parte que era políticamente tan importante para la constitución de un proyecto de felicidad, o por lo menos de infelicidad menor, como los grandes temas del estructuralismo, de economía, de política, o lo que fuera.

M. V. MONTALBÁN: ¿Pero por qué se da esa cultura de la austeridad, ese vanguardismo del intelectual de izquierdas en contra de la masificación, que le hace rechazar el fútbol? Yo diría que la produce un año mágico –esos años en los que hay un antes y un después del chocolate– que es el 68. ¿Qué pasó en el 68? En Alemania, en Italia, y en Estados Unidos cosas muy graves, en Francia una opereta, pero curiosamente la que ha consagrado la imagen es el Mayo del 68 francés y, mientras tanto, estaban matando gente las fuerzas represivas en el resto de los países, había lucha armada por las calles. ¿Pero qué pasa en ese año tan emblemático y, por tanto, qué pasa un año antes y un año después? Se produce un cansancio de la rigidez histórica, esperando el gran salto cualitativo de la humanidad, y cierta reivindicación de un verso de Molière, aquel que dice «se vive solamente una vez

/ hay que aprender a querer y a vivir». Y que la gente dice «muy bien, hemos de cambiar la historia, hemos de hacer la revolución, si se puede, pero se vive solamente una vez». Y es la reivindicación otra vez del placer, del sexo, poquito a poquito de la gastronomía, porque en este país, el propietario de la gastronomía era el Conde de los Andes, en la crítica de *ABC*, hasta prácticamente los años 70. Yo recuerdo que en el año 69 publiqué un artículo en *Triunfo* que se llamaba, naturalmente, «Barça, Barça, Barça». En el contexto de lo que era *Triunfo* en aquella época, yo tenía miedo de que sentara como un pistoletazo en un lugar que era la catedral de la verdad histórica. Pero, resulta que empecé a recibir cartas de arquitectos, de poetas, etc, diciendo que muy bien, que era verdad. Lo cual quiere decir que tenían un placer oculto y reprimido y se sintieron identificados con todo eso. Pero la prueba para mí de que el partido se había ganado, de que el fútbol había sido homologado por la conciencia crítica, fue un día en el transcurso de una reunión del Comité Central del PSUC. En pleno debate gravísimo sobre si éramos o no éramos leninistas, o más o menos leninistas, o marxistas leninistas, o contramarxistas, o proleninistas, veo a un viejo militante, que su especialidad en el pasado era cruzar propaganda en maletas de doble fondo, que se había jugado muchas veces la vida y el tipo, que tenía un transistor pegado a la oreja. La fracción lúdica nos acercamos porque ya nos imaginábamos lo que estaba ocurriendo, y le dijimos «¿es la retransmisión del partido?», y dijo, «sí». Se pasó todo el Comité Central diciéndonos «1-0», «2-0», y ya me di cuenta de que el placer había entrado por fin en los santuarios de la izquierda.

## **Fútbol, cultura e industria**

T. MURPHY: El arte, la obra de arte, básicamente, no es reproducible. Y el fútbol de autor, ese fútbol que llega a la gente, no es reproducible, igual que las artes escénicas. Ése es un hecho que yo creo que se da de narices con la industrialización; no libera al fútbol de las presiones del fenómeno de la industrialización cultural, pero este rasgo esencial lo protege.

M. V. MONTALBÁN: Hay un dato que hay que tener en cuenta. Cada jugador es un actor. Es un actor que está enviando señales al público; cada jugador es un código de señales, su estatura, su físico, su manera de correr, su manera de situarse en el campo, de regatear, ése es un código lingüístico. Y el público, ese código lingüístico lo asume y lo recibe como un receptor,

lo descifra y se lo queda o no se lo queda. Y yo creo que eso el futbolista también lo sabe.

JORGE EINES: Cuando el hombre inventó «el arte», lo inventó porque se liberaba del efecto inmediato. Es decir, la primera vez que hizo un dibujito en la vasija y vio que no salía mejor el agua, ni pesaba menos la vasija, ni tenía menos hambre, pero, de pronto se le ocurrió hacer un dibujito y aparece el juego. Y el juego es el arte, la liberación de lo inmediato, o de la necesidad inmediata. Cuando un jugador empieza a estar sujeto a la inmediatez de algo que hay que conseguir, sea el análisis de la jugada, sea el resultado, sea el dinero que se obtiene, empieza a estar sujeto a cosas que empiezan a desnaturalizarlo. El reglamento lleva también un poco a eso, porque el arte tiene muchas menos reglas que el fútbol, por ejemplo. Realmente, hay montones de cosas que ocurren en un partido que están reglamentadas, como si dijéramos, «qué tramposos son los seres humanos, ¿por qué hay que poner tantas reglas?».

T. MURPHY: Podemos intentar definir el carácter cultural del fútbol. Yo creo que no hay que forzar, o abusar, de la definición de cultura para hacerle un lugar al fútbol, para justificarlo. Hay una definición de Armand Mattelart en que podemos sustituir fútbol por cultura, y a ver si cuadra y se puede decir: «El fútbol es memoria colectiva que hace posible la comunicación entre los miembros de una colectividad históricamente ubicada, crea entre ellos una comunidad de sentido, les permite adaptarse a un entorno y, por último, les da capacidad de argumentar racionalmente los valores implícitos en las formas prevaletentes de las relaciones sociales». Si esa es una definición de cultura ¿el fútbol cumplirá esas reglas, o no las podrá cumplir?

Pero el fútbol es también industria. Esta saturación de fútbol a través de un sinnúmero de canales, que a mí se me hace imsoportable hasta el hastío, no es el resultado de una mano negra que quiere ocuparnos el tiempo. Es una lógica propia de la industrialización, una característica fundamental de la generalización permanente del producto, una forma de acortar los plazos entre el hecho creativo y el consumo cultural. Estos son elementos fundamentales. La propia inversión, el propio ascenso del fútbol a categoría de industria, obliga a esto. Hay que inventarse la noticia, el partido tiene que durar siete días a la semana, porque es la lógica de la expansión informativa. No hay otra manera de estar, o estás dándole pedales a la bicicleta o la bicicleta se te para.

Y otra cuestión que tiene mucho que ver con esto, es que el fútbol participa, por lo tanto, en todo un discurso parafutbolístico, una enfermedad